

BALARI Y JOVANY

y sus «Orígenes históricos de Cataluña»*

por RAMÓN DE ABADAL Y DE VINYALS

UIEREN nuestros Estatutos, art. 29, que se celebre al finalizar cada curso trienal una Sesión solemne o Junta pública «en la cual — dicen —, después de leído el resumen de las Actas de la Academia por el señor secretario», «se leerá por un académico la necrología de alguno de los que hubieren fallecido... o un trabajo sobre algún asunto de los que son propios de la Academia». Y esta segunda parte, cumplida la primera por el señor Secretario, es la que yo vengo a cumplir a mi vez.

No voy a leerlos para ello la necrología del que fue insigne presidente de esta Casa, desde 1893 a 1901, don José Balari y Jovany. Su discípulo preferido y sucesor en la medalla académica, don Luis Segalá y Estadella, hizo de su biografía tema del discurso de recepción leído aquí mismo el 12 de noviembre de 1916. Pero sí voy a intentar una nueva presentación de su recia personalidad y una ponderación de su magna obra «Orígenes históricos de Cataluña», vista y sopesada a más de medio siglo de distancia, cuando suelen acusarse ya los fallos episódicos y los aciertos permanentes que puedan valorar una producción de este género.

En nuestro caso, como vais a ver, con predominio manifiesto de los segundos sobre los primeros.

* * *

La idea de que las investigaciones etimológicas podían ser de gran utilidad para el conocimiento de los tiempos remotos de la historia es muy antigua y durante épocas enteras ha servido de base para la elaboración de las más exuberantes fantasías.

* Discurso pronunciado en la sesión inaugural del curso académico, el día 15 de enero de 1961.

Pero, dentro de la primera mitad del siglo pasado, aquella idea empezó a tomar nuevas direcciones que habían de encauzarla hacia una sistematización, inexistente hasta entonces.

Fue el año 1821 cuando el barón de Humboldt publicó su estudio sobre los primitivos habitantes de España a base de utilización de la lengua vasca: «Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelt der Vaskischen Sprache» (Berlín, 1821); con este estudio daba nacimiento a una escuela, o mejor a un partido, que se enfrentaba al clásico de los hebraizantes, aquellos que querían que fuese el hebreo la lengua hablada por la primitiva humanidad y en ella buscaban el origen de todos los idiomas. Nuestro Cortés, en 1835, con su «Diccionario geográfico de la España antigua» (Madrid, 1835), se deslizaba aún a menudo en esta corriente hebraizante.

Pocos años más tarde, en 1852, un tercer grupo entraba en discusión: era el de los celtistas, capitaneado por Zeuss con su «Grammática Céltica. E monumentis vetustis tam hibernicae linguae quam britannicae nec non et gallicae priscae reliquiis» (Leipzig, 1852). Finalmente fue Díez, el profesor de Bonn, quien inició un nuevo ciclo al dar a luz su «Étymologisches Woerterbuch der romanischen Sprachen» (Bonn, 1853), que daba seguimiento a su gramática publicada diez años antes. Puede afirmarse que con Díez quedaba fundada la filología románica sobre firmes bases.

A partir de aquel momento, mitad de siglo, pudo iniciarse la especialización. Dentro la utilidad historiográfica del etimologismo, la onomástica y la toponomástica destacaban como dos ramas destinadas a producir los más excelentes frutos. El primero a cultivarlas científicamente fue el bibliotecario de Dresde, Foerstemann; su «Altd deutsches Namenbuch» (Nordhausen, 1856), estaba dividido en dos volúmenes dedicados, uno a los nombres personales, otro a los nombres de lugar.

La iniciativa se propagó rápidamente; había llegado en momento propicio: en Francia Jules Quicherat sentaba sobre bases críticas el método práctico de investigación «De la formation française des anciens noms de lieu. Traité pratique, suivi de remarques sur des noms de lieu fournis par divers documents» (París, 1867), seguido por Cocheris «Entretiens sur la langue française. Origine et formation des noms de lieu» (París, 1863). Mientras tanto Longnon aprovechaba sus lecciones en la Escuela de Altos Estudios y en el Colegio de Francia para propagar los nuevos métodos y les daba práctica aplicación en sus obras de geografía histórica «Étude sur les pagi de la Gaule» (París, 1863), «Géographie de la Gaule au VI^e siècle» (París, 1878). Luchaire «Du mot basque IRI et de son emploi

dans la composition des noms de lieu de l'Espagne et de l'Aquitaine antiques» (Pau, 1875), «Études sur les idiomes pyrénéens de la région française» (París, 1879), y d'Arbois de Jubainville «Recherches sur l'origine de la propriété foncière et des noms de lieu habités en France. Période celtique et période romaine» (París, 1890), continuaban aquella tradición.

Por el mismo tiempo en Suiza brillaba Gatschet «Ortsetymologische Forschungen als Beitrage zu einer Toponomastik der Schweiz» (Berna, 1867), quien, emprendiendo nuevas direcciones y rutas, había de trasladarse pronto a América del Norte para dedicarse al estudio de las lenguas indígenas de aquel país.

Flechia, en Turín, donde profesaba la cátedra de Historia comparada de las lenguas clásicas y neolatinas, también se proyectaba con acierto genial en los campos de la etimología toponímica «Di alcune forme dei nomi locali dell'Italia superiore» (Turín, 1871). En Inglaterra era Joyce quien se sentía atraído por el sabor arcaico de los nombres de lugar irlandeses «The origin and history of irish names of places» (1872).

Obsérvese que todos estos nombres: Quicherat, Longnon, Gatschet, Flechia, Joyce, Foerstemann... suenan por los alrededores de 1870; es la época del gran florecimiento, tan denso, tan radiante, que sobrepasando las cercas del jardín de los iniciados se escampa por las vías del esnobismo, convirtiéndose en moda de refinados.

Marcel Proust, el retratista más profundo de la sociedad distinguida de aquellos tiempos, repetidamente acusa la obsesión de aquella moda en su «Recherche du temps perdu».

Como todas las modas, sus ondas no tardaron mucho en proyectarse a través de los espacios. Bastante antes del 1880 habían llegado a Barcelona.

La «Associació d'Excursions Catalana» había convocado en 1878 un concurso de tema general para estudios de utilidad científica en la práctica excursionística; la obra premiada fue un trabajo de Salvador Sanpere y Miquel «Un estudi de toponomàstica catalana» (Barcelona, 1880). El hecho es característico del momento que estamos comentando. Precedía la obra un denso prólogo, justificativo del veredicto por parte del Jurado que le otorgó el premio. En el contenido de este prólogo se adivinaba una pluma más seria y formada que las elucubraciones a menudo desbordadas de Sanpere, amigo siempre de elevarse por las nubes y exhibir desde allí arriesgados equilibrios. Se calla el nombre del autor, pero es evidente que aquella pluma era manejada por el secretario del Jurado; como es evidente también que este señor estaba ya metido de tiempo en la

moda dominante, porque las cosas que decía y las objeciones que hacía a Sanpere no podían ser fruto de una improvisación; precisaba que dispusiese de un utillaje científico que sólo una larga preparación y un ingente trabajo podían haberle proporcionado.

¿Quién era este secretario? José Balari y Jovany había nacido en Barcelona el once de noviembre de 1844; había cursado en las Facultades de Derecho y de Letras de la Universidad barcelonesa bajo el maestrazgo bien aprovechado de los Bergnes, Rubió y Ors, Llorens y Barba. En 1869 se había doctorado. Se dedicaba entonces al cultivo de la taquigrafía llevado por el entusiasmo de las realizaciones que el maestro Garriga, su compañero, había obtenido en esta disciplina, que también en aquella época disfrutaba de unos momentos popularísimos. Y, al mismo tiempo, se especializaba en el estudio de las lenguas clásicas y modernas de las que llegó a dominar el griego, el árabe y el latín, y a hablar el francés, el italiano, el inglés y el alemán.

Era, pues, Balari un hombre impresionable a las corrientes de novedad: taquigrafía, filología, etimología. Pero un hombre que captaba de estas corrientes, no la parte episódica y anecdótica, sino el contenido profundo y permanente; un hombre de clara inteligencia, de voluntad firme y porfiosa afición al trabajo continuado.

Pudieron influirle y determinarle sucesivamente la novedad de presentación de aquellas disciplinas, pero una vez afectado a cada una se libró a ellas por entero. Así en 1872 obtenía ya por oposición la cátedra de taquigrafía del Instituto de Barcelona; publicaba en 1875 un «Historia de la Taquigrafía de los griegos y romanos»; en 1877 una «Crítica de la Estenografía española según los principios de Guillermo Stolze»; en 1883 el «Discurso sobre la historia de la Taquigrafía española».

Mientras tanto, en otro aspecto, era nombrado en 1881, también por oposición, profesor de griego en la Universidad de Barcelona, llegando a la cátedra después de haber enseñado aquella lengua y la latina en el Colegio Peninsular, y, sobre todo, después de haberse enrolado en la nueva escuela que sobre el planteamiento de esta disciplina había suscitado el eminente Curtius.

De la cátedra universitaria, Balari hizo un sacerdocio; su discípulo Segalá y Estalella explica lo que representó su maestrazgo de veinte años en la Universidad de Barcelona en el discurso antes citado; a él me remito. Pero a pesar de su aplicación en la función docente, pudo simultanear durante los veinte años útiles de su madurez los repetidos viajes a Francia, Suiza, Alemania, Inglaterra y Noruega que le permitían una comunicación personal con los pro-

fesores extranjeros de su especialidad, y pudo, sobre todo, dedicarse a fondo a la tarea de preparación de la grande obra «Orígenes históricos de Cataluña», Barcelona, 1899, que había de coronar su vida científica.

* * *

Es esta obra, que representa el aspecto más importante de su frondosa personalidad, la que vamos a comentar.

Indiqué cómo el juicio crítico del libro de Sanpere, escrito poco antes de 1880, demostraba que Balari se dedicaba ya por aquel tiempo a los trabajos de archivo; los había empezado precisamente en 1876. Una de las acusaciones que hace contra Sanpere es la de la escasez de material archivístico utilizado. Balari podía hacer esta acusación porque en este sentido pocos eruditos catalanes han tenido la paciencia y se han sometido al esfuerzo que representan sus investigaciones de archivo en toda Cataluña. El Archivo de la Corona de Aragón en las series de documentos condales, el Archivo Municipal de Barcelona, los archivos de las catedrales de Urgel, Vich y Barcelona, el Episcopal de Gerona; los cartularios de San Cugat y de Carlomagno, los de Seo de Urgel y de las iglesias de Vich y Barcelona; los apéndices de la «Marca Hispánica», de la «España Sagrada», del P. Villanueva y de la última edición de la «Historia de Languedoc», fueron sistemáticamente utilizados por el trabajador infatigable, que llenó con estos elementos millares de fichas con nombres y con datos de los que esperaba poder extraer el secreto de los orígenes históricos de Cataluña.

Había tenido originariamente la idea, entonces corriente, de que a través de la etimología de los nombres personales se iría dibujando como en un gráfico toda la evolución etnológica del pueblo catalán y que para ello precisaba ir a buscar estos nombres en las formas más primitivas que las fuentes históricas nos hubiesen conservado. Cabe pensar que con su aguda percepción pronto se dio cuenta de que andaba por camino extraviado. Los nombres personales — él mismo lo constata años más tarde en su libro — son hijos más bien de la moda y de circunstancias anecdóticas que de la etnología.

Cuando dio con familias en que los padres llevaban los nombres latinos y los hijos germánicos, o series de hermanos que utilizaban las dos formas en su nomenclatura, se dio cuenta, con toda evidencia, del poco provecho que podrían ofrecerle sus investigaciones desde el aspecto étnico.

Tuvo la fuerza para reaccionar y someterse a esta evidencia que

destrozaba su ilusión. Cuando había ya extraído los nombres personales de todos los pergaminos de los ocho primeros condes del «Archivo de la Corona de Aragón», «cambié — dice él mismo — deliberadamente de plan y por un acto de voluntad eficaz resolví emprender de nuevo el camino anteriormente recorrido». Acto poco común y que caracteriza la personalidad de Balari y la conciencia y seriedad de sus métodos de trabajo.

Pero la desilusión tuvo una contrapartida; mientras estaba desvaneciéndose el esfuerzo realizado en pos de una idea preconcebida, espontáneamente nacía una nueva ilusión indecisa y vaga: «la lectura, aunque somera, de los documentos» mientras recogía de ellos los nombres personales «despertó en mí la curiosidad de saber». Fue entonces cuando, movido por la colisión entre dos ilusiones, la que moría y la que estaba germinando, tomó la resolución heroica del cambio de plan. Retrocedió para volver a emprender el camino, y ahora «copiaba de las escrituras todo cuanto me parecía interesante desde cualquier punto de vista». El método predeterminado le había fracasado; se confiaba pues en la improvisación.

Camino peligroso, lleno de dificultades que a menudo le desviaron y no pocas veces le hicieron caer. No obstante, siguiéndolo, «logré reunir un verdadero tesoro de notas, que permitían vislumbrar estudios nuevos y de verdadero interés para la historia de Cataluña».

Precisa realzar aquí la confesión de Balari, porque de ella deriva en gran parte la valoración estricta de su obra. Una cosa es examinar documentos sabiendo de preciso lo que se busca en ellos, y otra confiarse en la propia intuición para extraer de los mismos todo aquello que pueda tener un valor histórico.

En una época en que la historia política o literaria dominaban el ambiente, precisaba una intuición muy afinada para que los resultados de una operación semejante no fuesen caóticos o vulgares. Balari salió airoso de la prueba, y el interés que despertó su libro y el valor que aún hoy continúa teniendo son testimonio fehaciente de ello.

Si examinamos a fondo la estructura y el contenido de los «Orígenes históricos de Cataluña» entreveremos claramente todas las fases de aquella evolución: una parte muy importante de la obra, el libro titulado «Geografía», traduce la primitiva idea del etimologismo que no dio casi ninguno de los resultados que de ella se esperaban. Resultó que, exceptuando un pequeño número de lugares, la generalidad de los demás, y especialmente la toponomástica de los accidentes geográficos, era de base exclusivamente latina. Tuvo que

constatar Balari que la latinización del país fue tan profunda, afectó de manera tan viva la lengua y el sentir de los habitantes, que ni las locuciones más incommovibles, las más enraizadas a la tierra invariable, pudieron sobrevivir al empuje formidable de la romanización. Explícitamente él no lo confiesa ; intenta unas disquisiciones sobre la traducción en palabras latinas de formas de pensar más primitivas, que son — afirma — exponente psicológico del pueblo que las aplicó : así, las metáforas derivadas del buey, dice por ejemplo, son de aplicación indígena por más que traducidas al latín (tos-sal, coll, costa, pallar, jou...), mientras que las metáforas derivadas del circo son propiamente romanas (mola, cárcara, puig, balç, grau...); aún, la presencia de este segundo género de metáforas obliga a admitir una doble colonización latina : la primera que desconocía aún el circo ; la segunda, posterior, que tendría lugar en la época de los Flavios y los Antoninos.

Fuera de este exponente psicológico, sólo a través de las excepciones a la latinización general puede llegar a alguna conclusión. La población indígena — sostiene — es especialmente densa en los condados de Pallars, Urgel, Cerdaña y pago de Berga (es probable que fuera más propio decir que en estas comarcas no fue tan intensa la latinización). La colonización romana se extiende desde el Llobregat hasta los Pirineos, hasta el límite de estos condados : es la Cataluña Vieja. La influencia arábica la encuentra en la parte baja de la provincia de Lérida y en la provincia de Tarragona. Pocas son las huellas que en el país hayan dejado los godos y los francos, diluidas en toda su extensión ; se trata de una influencia esencialmente política y militar. En este aspecto, los nombres personales no prueban gran cosa, pues son inspirados por la moda.

Básicamente, éstas son las conclusiones a las que llegó Balari después de sus largos trabajos de investigación ; conclusiones que no ofrecen gran novedad sobre las que la tradición historiográfica ya nos proporcionaba. Especialmente no ofrecían la novedad que él esperaba y que tanto amaba ; de aquí su desilusión y su cambio de frente.

Sería un error, no obstante, deducir de ello la inutilidad del trabajo hecho. En primer lugar, la reiteración de este fenómeno trascendental de la latinización casi absoluta del país, que aún hoy día continúa provocando nuestra curiosidad admirativa de historiadores, ya tiene por sí misma una importancia básica. En segundo lugar, Balari aprovechó en este particular sus investigaciones para estudiar cómo iba transformándose el latín vulgar en el habla que con el tiempo sería el catalán ; todo un libro de su obra, que se lleva

más de un tercio del total contenido, está dedicado a estos temas filológicos que hoy vuelven a apasionar a los eruditos en todo el mundo.

El cambio de frente en la actividad de Balari, el extraer de los documentos «todo cuanto me parecía interesante desde cualquier punto de vista», le llevó, dado su temperamento reacio a los caminos trillados, a otra novedad: «el presente libro» — dice él mismo — «ofrece completa novedad porque sigue otros derroteros por regiones hasta ahora no exploradas». En aquellos momentos los Bofarull y Balaguer daban la pauta como historiadores y Balari señala que no tratan de «Geografía», ni caracterizan la «Reconquista», ni estudian el «Feudalismo», y sólo someramente se ocupan de la «Civilización». Él, en cambio, constata que a pesar de la inexistencia de un «plan sistemático», «las notas fueron tomando cuerpo y adquiriendo después vida propia». Los capítulos se convirtieron en «verdaderas monografías, las cuales en conjunto formaron la obra que por tal concepto viene a ser una reconstitución de lo pasado», «constituyendo un cuerpo de doctrina homogéneo».

En esto se equivocó. La homogeneidad no existe; la inexistencia de un plan sistemático pesa constantemente sobre su libro, que resulta disperso y falto de ligamen. Más que como un conjunto, aparece como un gran arsenal de notas, de datos, de estudios particulares y monografías, de mucho interés, es verdad, pues su agudo instinto de historiador aflora siempre, pero donde faltan la ordenación y la trabazón inexcusables en una obra acabada.

Estos fallos, a más de los defectos originarios de improvisación y ausencia de plan, pudieron obedecer a otras dos causas.

La primera, de orden interno, es la extensión cronológica dada al libro. Quiso abarcar en su trabajo toda la época que por entonces se llamaba condal, es decir, desde los principios de la reconquista hasta la muerte de Ramón Berenguer IV, y porque la época tenía unidad en su título creyó poderle dar también unidad en su estudio. Por desgracia suya, los cuatro siglos que abarcaba aquella época, los IX, X, XI y XII, son unos tiempos de transformación tan profunda, social, política, económica e incluso lingüística, que pretender reducirla a unidad no podía conducir más que a confusión. Durante estos cuatro siglos muere un mundo y nace otro nuevo; es una época básica de transición. Habría convenido aplicar a todas las partes de la obra, no un criterio de unidad, sino un criterio de evolución; un documento del año 900 no podía ser equiparado a un documento del año 1100, porque reflejaban dos situaciones enteramente distintas, como un documento del 1760 no puede aparejarse a uno de 1960.

Instituciones, concepciones, terminología, vida económica y social, todo era transformado desde los tiempos brillantes de Carlomagno hasta la llegada del nuevo florecimiento del siglo XII, a través de una época de decadencia y otra de renovación.

La segunda causa de fallo tenía otro carácter; era debida a la forma de elaboración. Los «Orígenes» dan algo la impresión de ser una obra sólo abocetada, un conjunto de notas, más o menos clasificadas, sobre las que le falta aún al autor aplicar su esfuerzo de verdadero creador. Es posible que Balari se diese cuenta de este fallo, pero que, forzado por circunstancias del momento, se viese obligado a dar por acabado lo que él sabía que estaba a medio hacer. Puede que el deseo de concurrir al «Premio Martorell»; puede, después del premio, la aprensión de que su salud no iba a concederle el largo plazo de tiempo que precisaba aún para una elaboración definitiva. Porque, la forma como habían sido aplegados los materiales, reducidos los documentos en fichas, sin más guía que la intuición en sus extractos, resultó un procedimiento forzosamente inseguro. Podrá ser utilizable en la confección de un diccionario, pero no es bastante para la elaboración de un trabajo sobre instituciones. Éste exige, cuando menos, volver otra vez sobre el mismo documento para comprobar, afinar, ajustar y relacionar los resultados provisionales que las simples notas hayan proporcionado. Suponía, pues, para Balari, que tantos años llevaba de trabajo en archivos dispersos, volver de nuevo a emprender el camino recorrido; y esto, Balari, no pudo hacerlo, por imposibilidad física o moral.

No por falta de capacidad. Las condiciones para este último trabajo de acoplamiento y perfección de su obra, no le faltaban. Basta para demostrarlo, prescindiendo de otros trabajos suyos, su magnífico discurso de presidencia de los Juegos Florales.

Es sensible que por todas estas causas los «Orígenes históricos de Cataluña» no hayan sido, con todo y su valor considerable, lo que el inmenso trabajo de preparación y la gran capacidad de su autor nos daban derecho a esperar.

Si Balari, en lugar de presentar el contenido de los «Orígenes» como un gran conjunto, nos hubiese ofrecido sucesivamente una serie de monografías relativas a gran parte de los temas que trabajó, hubiera escapado a la mayoría de las críticas de que le hacemos objeto. Como toda obra de erudición, aquellas monografías habrían sido sujetas a perfeccionamientos, algunas habrían caducado, pero la mayor parte continuarían demostrando la solidez de su planteamiento y desarrollo.

Dejemos al margen todo lo que se refiere al libro primero titulado «Geografía» y que no responde exactamente a este título, pues que deja de ocuparse de las divisiones del país, de su estructura, población, etc., para prestar atención exclusiva a la etimología de los nombres de lugar y los de los accidentes topográficos. Se trata de una materia que requiere el juicio de un especialista, que a mí está vedada.

El segundo libro se titula «Reconquista». La forma de enfocar los temas que a la Reconquista se refieren, fue, por su época, de una novedad extraordinaria; tenía razón de envanecerse frente a sus contemporáneos, los Bofarull y Balaguer, y de proclamar que su libro «ofrece completa novedad, sigue otros derroteros por regiones hasta ahora no exploradas». En lugar de seguir a los capitanes en sus conquistas, considera los efectos de estas conquistas sobre el país, la despoblación, las devastaciones, el asolamiento de las zonas fronterizas, la obra de consolidación con el alzamiento de castillos, guardias, miralles, espills, la construcción de fortificaciones, la empresa magna de repoblación. Todo ello perfectamente documentado, con textos claros y precisos, escogidos con certero criterio, apoyando especialmente el aspecto de nomenclatura. Claro que podrían suscitarse objeciones a temas singulares: la «Strata francisca» no fue construida, como él cree, entre la primavera y el otoño del 801 para facilitar el paso del ejército franco hacia la ciudad de Barcelona; ni tampoco seguía el itinerario absurdo que él propone, confundiendo diversos caminos que llevaban el mismo nombre porque eran tantas otras vías de comunicación de diferentes regiones con Francia; los «bozadores» y «baudadores» que él señala en los documentos, no eran aquellos que «roturaban la tierra yerma para cultivarla», sino los traidores, «bausadors», aquellos que habían cometido el delito de bausia.

Su tercer libro dedicado al «Feudalismo» no llega a los aciertos del segundo. A pesar de que Balari fuese licenciado en Derecho, estaba faltado de una formación jurídico-histórica suficiente, y al compararlo con Hinojosa y con su obra «El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña», aparecida sólo seis años después de los «Orígenes», uno se da cuenta de lo que representa aquel vacío. Existen evidentes aciertos, como la disquisición sobre «civitas fracta» y sobre «vicus»; como los capítulos, tan nutridos, dedicados a la Junta de los «Usualia» y a sus componentes, que conservan un valor actual inapreciable; como el sentido de la calificación de «vetus» aplicada a Ramón Berenguer I; como el estudio sobre la introducción

de los textos justinianos en Cataluña. Pero al lado de estos aciertos, encontramos caídas sensibles, como la resurrección de la teoría sobre la concesión por Carlos el Calvo de la soberanía de derecho a Wifredo I, teoría que Rubió y Ors había liquidado definitivamente y que Balari quiso revalorizar a base de interpretaciones fantásticas sobre las diferencias entre yermos y bienes fiscales; como aquel estudio sobre los «Caracteres morales de los condes de Barcelona» que desdice del tono general de la obra.

Vuelve a ascender en categoría científica el libro cuarto sobre «Civilización», donde se estudian sucesivamente la familia, los nombres personales, la vida doméstica, la educación, la casa, el vestido, los entierros. Y luego la agricultura, ganadería, industria, comercio, marina, moneda, viajes y caza. Son materias generalmente olvidadas en su tiempo y que luego han tomado en la historiografía mundial gran importancia como expresión de la vida social y económica. Cuando Balari las ofrecía eran para nuestro país una novedad y él tenía plena conciencia de ello, de esta novedad que tanto apreciaba y que era su orgullo. Lástima que todo ello sea poco relacionado y poco profundizado; lástima también de ciertos capítulos que adolecen de alguna flojedad: el dedicado a los libros, prescindiendo de su aspecto cultural; el de la moneda; el mismo reservado a los documentos, que tanto había manipulado y que no acertó nunca a escrutar con ojos de diplomata.

Temo que de todas estas apreciaciones resulte falseada la valorización de conjunto que pretendía yo hacer de la obra de Balari. Temo dar la impresión de que se trata de una obra no lograda. Nada fuera más injusto; Rubió y Lluch hizo sonar en cierta ocasión, y comentando la personalidad de Balari, otro nombre: Caresmar. Sí, un nuevo Caresmar, que si bien dejó como el premonstratense mucho material inédito, tuvo en cambio la suerte de legarnos otro tanto impreso. Un hombre que emprendió más de lo que podía abarcar un hombre.

Uno y otro carecieron de colaboradores o continuadores que completasen sus magnas empresas. Han transcurrido más de sesenta años desde que Balari entregó el manuscrito de sus «Orígenes» al Jurado Martorell y aún hoy día continúa siendo quien dijo la última palabra sobre el sesenta por ciento de los numerosos temas que allí inició.

Esto sólo le daría ya el pleno derecho al título de precursor en nuestra historiografía medieval.

* * *

Con este acto vamos a dar por finalizado el curso trienal de 1957-1960 y al mismo tiempo la actuación de la Junta que hasta ahora ha regido esta Real Corporación; y, por mi parte, la Presidencia que venía ejerciendo desde 1954.

De la obra de esta Junta os ha dado un esquema fiel nuestro señor Secretario. Ha sido la continuación, un eslabón más de la obra que viene desarrollando, con sus altos y bajos determinados por las oscilantes circunstancias históricas, la Academia, desde los tiempos de su lejana fundación, más de doscientos años atrás, en 1752.

De la utilidad, de la eficacia de esta obra, que para el gran público pasa a menudo inadvertida, da testimonio su perennidad. La Academia de Buenas Letras es hoy día la corporación pública, no política, decana de Barcelona. De unos años más tarde es la Junta de Comercio. Algo muy profundo y muy vivo encarna en la vida cultural de la ciudad cuando ha podido sobrevivir a través de todas las trascendentales transformaciones, caídas y renovaciones, de los últimos siglos, tan movidos, de nuestra historia.

Básicamente la Academia es un núcleo de selección, un hogar donde se reúnen, convergen y conviven los más salientes cultivadores de las disciplinas humanísticas en nuestra ciudad. Aquí, en sus sesiones, obedeciendo al deseo que formulara en 1752 Fernando VI, *se comunican ellos con la conferencia sus deseos, acrisolan sus discursos, sus descubrimientos*. Comunicación tanto más necesaria cuanto más dispersa y desintegrada está haciéndose cada día la vida cultural. La división, la especialización, llevada hoy día hasta extremos que aun a nuestros padres parecerían inconcebibles, trae consigo el riesgo de la deshumanización de la cultura. Estamos ya en ello y los más sensibles y profundos pensadores señalan el peligro con angustiado temor. Estamos inmersos en un clima de desequilibrio, donde la técnica, la mecánica, la investigación, están acaparando las inteligencias, absorbiendo nuestra vida espiritual y social. Cada día la noción propiamente humana del hombre va palideciendo delante la nueva avalancha científica; cada día van debilitándose los apetitos puramente espirituales del hombre; cada día tiende éste a convertirse más y más en puro *instrumento* activo y pasivo del progreso. Y así va esfumándose la idea básica de ser él, su persona, la causa y el fin de lo creado.

La Academia, ajena a toda espectacularidad, con una vida y un hacer donde la discreción y la austeridad son normas constantes, si-

que su camino atenta a mantener vivo, a través del contacto y la frecuentación de sus componentes, este rescoldo de espiritualidad humanística que en último término es el meollo y la gloria de nuestra razón de seres pensantes.

La Junta que hoy cesa, consciente de su responsabilidad en la obra que con continuidad doblemente secular va desarrollando la Academia, ha procurado atender a sus fines con la máxima aplicación; al cesar en su cometido deja en excelentes manos la dirección, en las de una nueva Junta prometedora, no sólo de una continuidad vivificante, sino de una cada día más profunda y eficiente acción, compensadora de los desvíos a que puedan llevarnos las avasalladoras corrientes del progreso humano.

Desde aquí me complazco en saludar a esta nueva Junta, a nuestro nuevo Presidente, al que tantos y tan antiguos lazos de íntima amistad me unen, augurándoles un eficaz ejercicio y ofreciéndoles nuestra más fiel colaboración.

A todas las autoridades, a todos los asistentes que nos han hecho el honor de acompañarnos en este acto, nuestras mejores gracias; su compañía ha sido para nosotros un acicate más en el cumplimiento de nuestro espiritual cometido.